

LA CAPILLA DEL VALLE DE LOS BOSQUES

No es el palo del ahorcado, no es la piedra de muerto, ni tampoco la piedra del púlpito; se trata de la capilla de Quiba Baja, una construcción con tantos misterios como la misma Catedral Primada de Colombia, pero que contraria a la vecina de la Alcaldía Mayor, ésta reposa en la parte más alta de Ciudad Bolívar. Su imagen, más que una simple representación de Dios en la tierra, está ubicada en una de las nueve veredas de la zona rural de localidad más grande de Bogotá, la 19.

A simple vista parece una capilla más, pero su fachada de estuco rústico e imitación colonial, es la verdadera antesala de un cúmulo de historias que reposan en su interior. A su lado se encuentran pequeñas y reducidas imitaciones de la gran iglesia y que son conocidas por los pocos bogotanos que habitan el sector, como las capillas de paso; las mismas que anteriormente servían para que los peregrinos y creyentes, rezaran sus oraciones cuando la capilla madre estaba cerrada. Actualmente, éstas funcionan como baños públicos para los ocasionales excursionistas que van de paso por el lugar y camino a la sabana citadina.

Sus vidrios rotos contrastan con un mensaje escrito sobre una tabla que advierte a los habitantes del sector el costo de la multa (\$50.000), por rayar las paredes de la iglesia. El pequeño balcón de madera, con barandas de color verde, le da apariencia de casa colonial del siglo XIX. En el techo, una pequeña cruz de metal simboliza la identidad de la construcción como casa de Dios y su amplia puerta de madera cerrada, casi sellada, ofrece una impresión de soledad y misterio.

Dentro, en la casa cural, gobierna un sentimiento de paz. La habitación del párroco, que por cierto aún no han asignado a esta simbólica iglesia, tiene la chapa dañada y para abrirla basta de un empujón. Dos camas pequeñas, una mesita de noche, el espacio para una sala de visita hablan por sí solas de la simpleza de su distribución, que muestra el poco presupuesto que siempre tuvo la propiedad y de los escasos adornos de tipo barroco que identifica a las iglesias bogotanas.

El piso es de madera, tan colonial como el mismo que aguarda las pisadas de los visitantes de las casas del barrio La Candelaria, en el centro de la ciudad. Diminutos muñecos de barro hacen de columnas y el altar es una mesa de madera cubierta por una tela blanca, con una silla a su lado izquierdo de color café intenso. Curioso que en este lugar la posición de la imagen de Jesucristo no reposa en urna de cristal, tal vez por decisión comunal —por falta de recursos quizá—, lo hace en un colchón cubierto por una sábana de flores bordadas y tan percutida por el tiempo como las sábanas de una vieja pensión.

Totumas de barro en las paredes rodean las pocas imágenes que allí se exhiben. A mano izquierda de la entrada principal se conserva intacta una pila bautismal, junto a ella dos escaleras en direcciones contrarias que conducen individualmente al campanario y al mausoleo, este último tan oscuro como una gota de petróleo en medio de una noche solitaria.

Ver y sentir el frío mortuorio de aquel oscuro sótano produce corrientazos en el cuerpo que ponen los pelos de punta. Las dudas salen a flote. Las sombras de su interior solo se ven iluminadas por una que otra luz que se filtra y que por muchos años han sido la única luz del lugar. El mausoleo antiguamente funcionaba como cementerio, donde todos los habitantes de Quiba tenían derecho a conservar a sus seres queridos. Según cuentan, también se conservaban restos de tribus indígenas que antiguamente habitaron la zona. Criptas que antes eran de libre acceso para toda la comunidad, pero que los forasteros profanaron, motivo por el cual sus entradas fueron selladas por grandes muros de cemento, por lo que se acabó el cementerio.

Su nombre real es San Martín de Quiba, pues como es costumbre, en este lugar se conservan los restos de un santo, precisamente los de San Martín. Fue mandada a construir en 1958 por el poeta Jorge Rojas, era uno de los personajes más ricos e importantes de la vereda y quien la edificó pensando en su hija, una exótica mujer que estaba por contraer matrimonio en aquella época. Dicen sus vecinos que sólo se conoce una construcción similar a esta de tipo doctrinal, en todo el país y que

está levantada en los terrenos de Suatán (Boyacá). Una espaldaña, un campanario, y una nave central colonial las hacen únicas.

Sin párroco propio

Entre los caminos empedrados de Quiba Baja se perciben grandes historias contadas por los abuelos que representan a sus familias y que luchan por conservar los valores con los que se criaron, para no perder de ningún modo sus creencias religiosas e inculcar a los suyos el respeto por los mismos.

Cada uno de ellos, acompañados de sus familiares, se turnan para que cada domingo los curas oficiales de los barrios de Vista Hermosa y Paraíso, los más cercanos a esta zona, lleguen hasta la capilla a oficiar la misa semanal. Estos párrocos son muy queridos y admirados por los que allí habitan, pues gracias a su trabajo social y compromiso con la religión, la eucaristía se ha vuelto una realidad que antes estuvo alejada de esta capilla que limita la zona urbana y rural del sur occidente de la capital.

No se han realizado muchos trámites administrativos, pues la mayoría de las personas de la vereda no cuentan con una información necesaria para conseguir un cura oficial, claro que tal vez, ni siquiera haga falta, pues ellos mantienen la capilla con sus propios recursos. Aquí aplica bien la frase del pueblo y para el pueblo, pero lo más humano es que no es solo para ellos, sino para todos aquellos que busquen alejarse de la contaminación y el ruido de la gran ciudad.

Por la labor comunal donde todos se hacen cargo de la iglesia, la comunidad en general maneja las llaves de la capilla y la actual encargada es la señora Gladys. Alta, de contextura gruesa, piel morena y pómulos semejantes a un par de tomates quemados por el frío de la zona, es una mujer amable y colaboradora, no sólo se encarga de guardar las llaves de la capilla, sino de brindar información a todos los forasteros que ocasionalmente pasan por allí.

Con su voz fuerte y firme doña Gladis dice: “Aquí no viene mucha gente a misa, pero todos somos fieles a Dios y por eso nunca falta la ceremonia entre nosotros”. Ella es una de las 50 personas que aproximadamente asisten a misa cada domingo en Quiba y que no ha perdido la esperanza de que allí se mantenga la capilla que siempre ha visto junto a su casa desde que nació, hace 35 años.

Futuro patrimonio cultural

Según la oficina de cultura que actualmente funciona en el barrio Candelaria La Nueva, en Quiba “se realizan actividades con el propósito de recuperar este espacio y fomentar la participación de la comunidad. Se hacen trabajos culturales alrededor de la localidad logrando reactivarla y fortaleciendo la actividad social y religiosa de la capilla que casi siempre se encuentra cerrada”.

Los trámites administrativos apuntan a que esta capilla y otros sitios específicos de la localidad Ciudad Bolívar que se han vuelto simbólicos para esta zona de la capital, entren en proceso de clasificación como patrimonio cultural, generando además del reconocimiento, la conciencia ciudadana en la población, para que se valoren y no se queden en el olvido y expuestos a los vándalos.

Entidades públicas como la Secretaria de Integración Social, Misión Bogotá, Casa de Igualdad de Oportunidades, entre otras, y fundaciones y organizaciones culturales como Ríos de Pavimento, Mesa local de Jóvenes, Corporación Arco iris, Cuyeca a Obsun y casa cultural Arabia, hacen parte de este proceso de resignificación de espacio, participando en la realización de eventos como rumbas sanas en escenarios aledaños a estos monumentos, acompañados de presentaciones musicales, teatrales y “mingas” (ollas comunitarias), además de trabajos especiales dirigidos a comunidades específicas como mujeres líderes o cabezas de familia.

“La finalidad de este tipo de eventos es el de no dejar perder las historias que estos espacios representan para todos los habitantes de Ciudad Bolívar, conservar así un poco más de la cultura y la diversidad, sin dejar atrás el valor patrimonial que

han adquirido por lo que representan arquitectónicamente y los mitos y leyendas que respecto a ellas se han creado, las mismas que ahora enriquecen a la localidad y a la ciudad entera”, explica una de las encargadas del proyecto del patrimonio local que actualmente es la gestora de dicho trabajo.

La capilla de la Calera del sur

La capilla de Quiba es uno de los puntos de encuentro más importantes ubicados en la zona rural para ejercer trabajos comunitarios, pues su amplia zona y su gran plazoleta central no solo son atractivas para instituciones, sino para todos aquellos forasteros que la reconocen como “La Calera del sur”.

De acuerdo con la Arquidiócesis de Bogotá, actualmente ninguna capilla cuenta con párroco oficial pues la curia no ubica a las capillas dentro de su reglamento, ni la reconoce como iglesia, sin dejar de lado que estos sitios también son lugares de regocijo y encuentro para la comunidad. Además, los jerarcas de la iglesia argumentan un déficit de ministros y por eso ningún cura puede ser oficial en las capillas por la cantidad de iglesias que se encuentran ubicadas en la ciudad y en el país.

Durante todo el año, según reza la tradición oral de Ciudad Bolívar, diversas organizaciones religiosas como los Franciscanos, las hermanas Lauritas, grupos cristianos y demás, realizan visitas y propician actividades en pro de la comunidad y de la religión, evitando el abandono al que estuvo expuesta la capilla de Quiba por muchos años, y conservando las creencias religiosas y morales de todos los miembros de la vereda.

Los feligreses que asisten a esta casa de Dios son pocos y sus creencias siguen intactas, algo que les ha permitido, con el sudor de su frente y la ayuda “divina” eliminar las condiciones precarias en las que hace unos años se encontraba este lugar sagrado. Es por eso que las bóvedas fueron selladas, pues la curia no ha entregado un nuevo permiso para reabrir el antiguo cementerio con vestigios

indígenas. Su ubicación —bajo la capilla— era el lugar obligado para todos los parientes fallecidos de los habitantes de la zona, pero ahora con su cierre, los difuntos deben ser enterrados en los cementerios de la gran urbe.

Valle de los bosques

Quiba, que según lengua muisca traduce “Valle de los bosques”, no sólo cuenta con este gran imperio de belleza arquitectónico, sino que además tiene una de las grandes riquezas hídricas de la localidad: la quebrada Limas, que nace en la parte alta de Quiba y en la que, según cuentan las leyendas, guarda cientos de tesoros indígenas que no han podido ser descubiertos por lo pocos osados que se han atrevido a buscarlos.

La capilla se construyó para darle continuidad a una historia de amor, pues su creador fue un poeta que además del amor a su hija, la construyó pensando en un gran poema que uniera eternamente su alma y la de sus seres queridos en una sola cripta, la misma que hoy, por la inconsciencia de la gente, permanece sellada, clausurando, tal vez, muchos pactos de amor.

Así es como el Valle de los bosques aguarda una arquitectura fascinante, una cripta con restos indígenas llenos de historia, una comunidad con una inquebrantable fe, una sociedad unida por un bien común y millones de personas indiferentes a una realidad y un lugar, esta última, al parecer, por no aparecer en el mapa o no ser tan publicitada como el árbol del ahorcado o la piedra del muerto, símbolos de Ciudad Bolívar.